

INVITADAS-INVITADOS A ABRAZAR NUESTRA REALIDAD HISTÓRICA

INVITADAS-INVITADOS A AMAR

Liliana Badaloni O.P.

Pedagoga

Nuestra VOCACIÓN es una INVITACIÓN. Es una llamada a encarnar una propuesta de vida, que espera respuesta de nuestra parte. No es una obligación. Sólo se la realiza si se la acepta y se la abraza. Estamos convocadas, convocados, para facilitar que la energía del amor realice el sueño de Jesús aquí en la tierra, en este mundo; en y con esta historia; con estas circunstancias. Ese sueño de Jesús es ver concretado el “ved cómo se aman”. Eso que llamamos Reino, es éste sueño de Jesús. El camino es el seguimiento de la persona histórica de Jesús y su propuesta de vida reflejada en los Evangelios. Nuestra respuesta vocacional intenta amar como Él amó.

Discípulas y discípulos de Jesús: estamos invitadas-invitados a abrazar nuestra propia-personal realidad y abrazar la realidad histórica con sus circunstancias; invitados a colaborar en la transformación de esas circunstancias-situaciones históricas desde la transformación de nuestro corazón y de nuestro vivir.

Frente a esta realidad, la nuestra y la de las circunstancias que conforman el momento histórico en el que estamos inmersos, necesitamos aprender a mirar contemplativamente. Necesitamos mirar nuestra historia personal y social con los ojos del alma. Nos urge permitirle al Espíritu que informe nuestra mirada.

Esa realidad que me implica, porque soy parte de la misma con mis vínculos, con las ‘cosas’ que me pasan y las ‘cosas’ que yo provoco, suplica que la mire en profundidad; esa realidad de la que formo parte con las circunstancias y el tiempo histórico en que me toca estar, implora una nueva mirada. Esta realidad histórica, que de muchas maneras nos constituye, requiere *hoy un despertar de la conciencia*. Necesitamos despertar para encontrarnos sanamente con nosotros mismos y con la realidad existencial-histórica en la que vivimos. Despertar y ‘darnos cuenta’ de lo que es verdaderamente la vida. Despertar y tomar consciencia, porque “ya es la hora”, y es necesario “hacer lo que Él nos diga” (Juan 2,5).

Para despertar y abrazar esa realidad que soy y esa realidad en la que estamos inmersos, nos apremia darnos cuenta que antes que hacer se nos pide ser, se nos intima a ser lo que somos: humanos. De nosotras, nosotros, se anhela humanidad. Despertar y plenificar nuestra humanidad para amar con gratuidad. Para esto somos llamados, para desplegar en plenitud esa humanidad y desde ese ser humano revitalizar la historia. Esta es nuestra esencia vocacional. Y esta vocación implica encarnar la comprensión, la compasión, el servicio, la humildad, la alegría, la inclusión, y todo esto es dejar fluir la vida y esto es amar. Y ese amar, que es el corazón de nuestra vocación, para existir así, requiere sanación personal. Sanar nuestras heridas y ubicar nuestro ego. Todo un camino a concretar.

La Vida Consagrada tiene hoy una urgencia: re-descubrir la esencia de su vocación para volver a experimentar esa pasión que nos lleva a entregar gratuitamente la vida en la cotidianidad de lo que se nos presenta. Entregar la vida como la entregó Jesús, sirviendo. Es por esto que nos urge hoy percibir, de manera nueva y más profunda, que lo que constituye nuestra vocación consagrada es el seguimiento de Jesús. No es el cumplimiento de normas, reglas, preceptos... Nos consagramos sencillamente a itinerar con Jesús y obrar según Él nos vaya indicando para lograr la entrega gratuita de la vida, por las sendas del servicio, ante la realidad que nos provoca en y con sus circunstancias. Desde el encuentro con Jesús, transitar nuestro interior y transitar la realidad. Desde esa itinerancia vamos abriéndonos a la invitación de transitar nuestro propio interior, trabajar en nuestra interioridad, dejándonos impactar por la ternura con que Jesús cuida nuestras vidas y esa experiencia nos hace recorrer la realidad exterior de manera transformadora. Hacer camino con Jesús, hacia nuestro interior y hacia los otros/as, hacia fuera de nosotros, con todo lo que somos y desde todo lo que entregamos, dejándonos convertir-sanar. Nuestra misión, entonces, no es tanto hacer como vivir; es mostrar el gozo de habernos encontrado con Él; evidenciar que Él nos habita y desde esa itinerancia con Él y el gozo y el significado de habernos encontrado con nosotros mismos, abrir nuestras vidas a los demás y a las circunstancias históricas, habiendo sido nosotras/os humanizadas/os.

Este camino nos lleva a superar las esquizofrenias con las que muchas veces se vive, porque al despertar, al darnos cuenta, al evolucionar nuestra conciencia, percibimos que la realidad sólo se transforma, desde la transformación y la unidad de nuestro ser. En esa itinerancia con Jesús, vamos siendo conducidos a descubrirnos, a ser cada vez más conscientes de nosotros mismos y adentrarnos a advertir, sentir y apreciar las nuevas libertades de vida y de entrega, que nos ofrece un camino de humanización al estilo de Jesús. Necesitamos hacer este camino y así vivir una sólida interioridad para tener una presencia fecunda en la realidad.

Cuando una vida encuentra a Jesús, ese encuentro se instituye en el cimiento de la fidelidad. Puedo ser fiel en la medida en que permanezco "encontrado". Por eso afirmamos que la fidelidad a nuestra vocación se solidifica cuando logramos expresarnos y expresar quién es Jesús para nosotras, permaneciendo en comunión con El, con nosotros mismos, con los demás, con el cosmos. Lo seguimos porque de alguna manera compruebo que su propuesta nos libera y plenifica; porque nos convoca a ser parte de un movimiento de vida, por medio de la adhesión a su Palabra, que nos va liberando de toda esclavitud, de todo cautiverio, de toda dominación. Nuestra vida alcanza solidez desde el encuentro con Jesús y por el seguimiento de Jesús. Este seguimiento nos cura, nos sana, nos hace libres. Un proceso que termina en un estado en el que sólo el amor importa. Sólo importa amar.

Y como sólo importa amar, los vínculos que cultivo son sanos y son parte constitutiva de un movimiento de vida. Ese movimiento de vida, se hace presente en la historia que nos toca vivir, por medio de comunidades totalmente abiertas al mundo; comunidades en las que las distintas realidades de ese mundo encuentran acogida, comprensión, compasión y comunión. Comunidades que inyectan vida al mundo. Lo seguimos porque encontramos en Él y su propuesta,

algo totalmente diferente a maltrato, sectarismo, fanatismo, dureza, expulsión, cerrazón a realidades diferentes y desafiantes; lo seguimos porque descubrimos en Él lo opuesto a la discriminación. Al despertar, desde este seguimiento, tenemos la experiencia de que sólo con este estilo de vínculos se opta por la vida.

Desde este seguimiento despertamos y tomamos conciencia que éste es Jesús; el del mandamiento del amor; el que nos pide amar a los enemigos; el que nos pide no juzgar; el que nos invita a perdonar; el que nos advierte que el sábado es para el hombre y no el hombre para el sábado;... Por esto necesitamos descubrir quién es Jesús para nosotros y qué lugar y espacio tiene en nuestra vida, logrando dar una respuesta vivencial-existencial a sus mociones. Estamos invitadas a conocer existencialmente a Jesús y entrar en el amor-servicio del Maestro, para, con ese amor abrazar mi realidad personal y la realidad histórica que me toca vivir.

Insistimos en el amor-servicio, para que no confundamos el llamado-seguimiento vocacional con "transferencia de poder". Ningún ejercicio del poder que no sea servicio, es evangélico; tengamos el rol que tengamos, mucho menos el "poder religioso". No hay nada más contrario al mensaje de Jesús que el poder que no sirve.

El seguimiento de Jesús nos solicita reforzar nuestro liderazgo para el cuidado y el servicio a los otros, "...porque todos somos hermanos". Ningún ser humano es superior a otros; ni está encima de otros, tenga el rol que tenga. La única autoridad que Jesús admite es el servicio. El seguimiento de Jesús, entonces, nos exhorta a diferenciar poder de autoridad. Jesús se despoja de poder; Él tenía autoridad: *"enseñaba con autoridad, no como los escribas"* (Marcos 1,21-28). Su autoridad es camino para el servicio y la promoción de la vida. Por esto la autoridad de Jesús no tiene nada que ver con el poder que domina o con el liderazgo que se impone. Urge mirar a Jesús con profundidad para descubrir que tiene autoridad porque su "centro" está en el servicio a los otros. Él vino para servir. *"No he venido a ser servido sino a servir"* (Mateo 20,28). Jesús, no es ególatra, no es narcisista, tiene autoridad porque activa la autoría y la autonomía de los otros; su autoridad despierta lo mejor que hay en cada persona; Él no crea dependencia ni bloquea en el otro su capacidad de dar dirección a su propia vida. El uso del poder que alimenta la dependencia y la sumisión, en concreto alimenta la violencia; evidencia la no vivencia del Evangelio; el no seguimiento de Jesús.

===